

# La tía

De Cuentos antes y después del sueño (1999)

**L**a tía tenía muchos años. Mirándola de perfil, con su nariz un tanto aguileña, los ojos adormecidos, el labio inferior sobresaliente, el mentón en punta y el cuerpo escuálido, su aspecto rememoraba leve-

mente el de aquellas brujas de la Edad Media que solían pasearse por los bosques tenebrosos de las leyendas. Pero, vista de frente, la tía era simplemente un ángel desvalido, con sus bellas alas partidas bajo la lluvia de la madeja purísima de sus canas. Ambas visiones: la aterradora y la beatífica, eran la tía.

Sentada en el sillón de seminválida, trasladándose a cortos pasos con la ayuda de alguien, rogando, pidiendo, exigiendo, imponiendo una imperiosa atención a todos, la tía sin nosotros no existía y nosotros, con ella, no podíamos existir.

Sus agudas manos de titiritera nos manejaban como figuras frágiles, estremeciéndonos de un lado al otro de su escenario. Era el derecho respetable y respetado de su ferviente ancianidad. Su ritual de cada día, de cada noche, nos volvía simples acólitos sin más derechos que a esperar.

Esperar ¿qué?: su voz, su mando, su ruego, su grito, su horror en la noche, cuando parece que ha llegado el momento de la muerte, su yacer dormida en medio de las sombras, con el huesudo rostro pálido, sereno; los dedos apretados como en una oración, la boca entreabierta, el ronquido estentóreo de la agonía próxima (¿viva?, ¿muerta?), en su lecho.

Sin embargo, de día, ella se me aparece: la siento que se mueve ágilmente tras de mí; me vuelvo asustadiza al verla en la cocina: sus apagados ojos tratan de decir algo y su simple presencia es un grito de espanto en medio de la tarde. Pero es falso, la tía está en la sala, la veo sentada en su sillón rodeada de almohadones. Entonces me pregunto: «¿Cuál es este rostro que me mira?, ¿cuál de los dos rostros de la tía?».

La tía ha muerto. La enterramos. Lloramos sobre su recuerdo, porque con la liberación llega la ausencia de la tía. La casa está llena de esa ausencia de sus cosas, de su cuerpo que aún parece encontrarse en los rincones habituales. Escon-



Esther Díaz Llanillo

demos su ropa, desplazamos sus muebles. Nuestro alivio aún no puede reconocer esa piadosa ausencia que nos deja sin destino inmediato, desorientados, ¿vivos?

Pero no estamos solos. Entonces lo presiento: allí, detrás de mí, en la cocina, ella me mira. Su cuerpo se me acerca, se funde con el mío. Sus manos tan agudas transparentan las mías. Su carne tan estéril se filtra entre mis carnes. Sus ojos ya pesan en mis ojos. La boca desdentada está en mi boca firme. Entonces lo comprendo: ya desde ahora y más aún mañana, cuando pasen los años, yo soy, seré, la tía.

*Fin*



El incivil maestro de ceremonias

# Kotsuké no Suké

**E**l infame de este capítulo es el incivil maestro de ceremonias Kotsuké no Suké, aciago funcionario que motivó la degradación y la muerte del señor de la Torre de Ako y que no se quiso eliminar como un caballero cuando la apropiada venganza lo conminó. Es hombre que merece la gratitud de todos los hombres, porque despertó preciosas lealtades y fue la negra y necesaria ocasión de una empresa inmortal. Un centenar de novelas, de monografías, de tesis doctorales y de óperas, conmemoran el hecho –para no hablar de las efusiones en porcelana, en lapislázuli veteados y en laca. Hasta el versátil celuloide lo sirve, ya que la *Historia Doctrinal de los Cuarenta y Siete Capitanes* –tal es su nombre– es la más repetida inspiración del cinematógrafo japonés. La minuciosa gloria que esas ardientes atenciones afirman es algo más que justificable: es inmediatamente justa para cualquiera. Sigo la relación de A.B. Mitford, que omite las continuas distracciones que obra el color local y prefiere atender al movimiento del glorioso episodio. Esa buena falta de “orientalismo” deja sospechar que se trata de una versión directa del japonés.

## La cinta desatada

En la desvanecida primavera de 1702, el ilustre señor de la Torre de Ako tuvo que recibir y agasajar a un enviado imperial. Dos mil trescientos años de cortesía (algunos mitológicos) habían complicado angustiosamente el ceremonial de la recepción. El enviado representaba al emperador, pero a manera de alusión o de símbolo: matiz que no era menos impropio recargar que atenuar. Para impedir errores harto fácilmente fatales, un funcionario de la corte de Yedo lo precedía en calidad de maestro de ceremonias. Lejos de la comodidad cortesana y condenado a una *villégiature montañesa*, que debió parecerle un destierro, Kira Kotsuké no Suké impartía, sin gracia, las instrucciones. A veces dilataba hasta la insolencia el tono magistral. Su discípulo, el señor de la Torre, procuraba disimular esas burlas. No sabía replicar y la disciplina le vedaba toda violencia. Una mañana, sin embargo, la cinta del zapato del maestro se desató y éste le pidió que la atara. El caballero lo hizo con humildad, pero con indignación interior. El incivil maestro de ceremonias dijo que, en verdad, era incorregible, y que solo un patán era capaz de frangollar un nudo tan torpe. El señor de la Torre sacó la espada y le tiró un hachazo. El otro huyó, apenas rubricada la frente por un hilo tenue de sangre... Días después dictaminaba el tribunal militar contra el herido y lo condenaba al suicidio. En el patio central de la Torre de Ako elevaron una tarima de fieltro rojo y en ella se mostró el condenado y le entregaron un puñal de oro y piedras y confesó públicamente su culpa y se fue desnudando hasta la cintura, y se abrió el vientre, con las dos heridas rituales, y murió como un samurái, y los espectadores más alejados no vieron sangre porque el fieltro era rojo. Un hombre encanecido y cuidadoso lo decapitó con la espada: el consejero Kuranosuké, su padrino.

## El simulador de la infamia

La Torre de Takumi no Kami fue confiscada; sus capitanes desbandados, su familia arruinada y oscurecida, su nombre vinculado a la execración. Un rumor quiere que la idéntica noche que se mató, cuarenta y siete de sus capitanes deliberaran en la cumbre de un monte y planeaban, con toda precisión, lo que se produjo un año más tarde. Lo cierto es que debieron proceder entre justificadas demoras y que alguno de sus concilios tuvo lugar, no en la cumbre difícil de una montaña, sino en una capilla en un bosque, mediocre pabellón de madera blanca, sin otro adorno que la caja rectangular que contiene un espejo. Apetecían la venganza, y la venganza debió parecerles inalcanzable. Kira Kotsuké no Suké, el odiado maestro de ceremonias, había fortificado su casa y una nube de arqueros y de esgrimistas custodiaba su palanquín. Contaba con espías incorruptibles, puntuales y secretos. A ninguno celaban y

Jorge Luis Borges



“

y se abrió el vientre, con las dos heridas rituales, y murió como un samurái...”

”

vigilaban como al presunto capitán de los vengadores: Kuranosuké, el consejero. Este lo advirtió por azar y fundó su proyecto vindicador sobre ese dato. Se mudó a Kioto, ciudad insuperada en todo el imperio por el color de sus otoños. Se dejó arrebatar por los lupanares, por las casas de juego y por las tabernas. A pesar de sus canas, se codeó con ramerías y con poetas, y hasta con gente peor. Una vez lo expulsaron de una taberna y amaneció dormido en el umbral, la cabeza revolcada en un vómito. Un hombre de Satsuma lo conoció, y dijo con tristeza y con ira: *¿No es éste, por ventura, aquel consejero de Asano Takumi no Kami, que lo ayudó a morir y que en vez de vengar a su señor se entrega a los deleites y a la vergüenza? ¡Oh, tú, indigno del nombre de Samurái!* Le pisó la cara dormida y se la escupió. Cuando los espías denunciaron esa pasividad, Kotsuké no Suké sintió un gran alivio. Los hechos no pararon ahí. El consejero despidió a su mujer y al menor de sus hijos, y compró una querida en un lupanar, famosa infamia que alegró el corazón y relajó la temerosa prudencia del enemigo. Éste acabó por despachar la mitad de sus guardias. Una de las noches atroces del invierno de 1703 los cuarenta y siete capitanes se dieron cita en un desmantelado jardín de los alrededores de Yedo, cerca de un puente y de la fábrica de barajas. Iban con las banderas de su señor. Antes de emprender el

asedio, advirtieron a los vecinos que no se trataba de un atropello, sino de una operación militar de estricta justicia.

## La cicatriz

Dos bandas atacaron el palacio de Kira Kotsuké no Suké. El consejero comandó la primera, que atacó la puerta del frente; la segunda, su hijo mayor, que estaba por cumplir dieciséis años y que murió esa noche. La historia sabe los diversos momentos de esa pesadilla tan lúcida: el descenso arriesgado y pendular por las escaleras de cuerda, el tambor del ataque, la precipitación de los defensores, los arqueros apostados en la azotea, el directo destino de las flechas hacia los órganos vitales del hombre, las porcelanas infamadas de sangre, la muerte ardiente que después es glacial; los impudores y desórdenes de la muerte. Nueve capitanes murieron; los defensores no eran menos valientes y no se quisieron rendir. Poco después de media noche toda resistencia cesó.

Kira Kotsuké no Suké, razón ignominiosa de esas lealtades, no aparecía. Lo buscaron por todos los rincones de ese conmovido palacio, y ya desesperaban de encontrarlo cuando el consejero notó que las sábanas de su lecho estaban aún tibias. Volvieron a buscar y descubrieron una estrecha ventana, disimulada por un espejo de bronce. Abajo, desde un patiecito sombrío, los miraba un hombre de blanco. Una espada temblorosa estaba en su diestra. Cuando bajaron, el hombre se entregó sin pelear. Le rayaba la frente una cicatriz: viejo dibujo del acero de Takumi no Kami. Entonces, los sangrientos capitanes se arrojaron a los pies del aborrecido y le dijeron que eran los oficiales del señor de la Torre, de cuya perdición y cuyo fin él era culpable, y le rogaron que se suicidara, como un samurái debe hacerlo.

En vano propusieron ese decoro a su ánimo servil. Era varón inaccesible al honor; a la madrugada tuvieron que degollarlo.

## El testimonio

Ya satisfecha su venganza (pero sin ira, y sin agitación, y sin lástima), los capitanes se dirigieron al templo que guarda las reliquias de su señor. En un caldero llevan la increíble cabeza de Kira Kotsuké no Suké y se turnan para cuidarla. Atraviesan los campos y las provincias, a la luz sincera del día. Los hombres los bendicen y lloran. El príncipe de Sendai los quiere hospedar, pero responden que hace casi dos años que los aguarda su señor. Llegan al oscuro sepulcro y ofrendan la cabeza del enemigo.

La Suprema Corte emite su fallo. Es el que esperan: se les otorga el privilegio de suicidarse. Todos lo cumplen, algunos con ardiente serenidad, y reposan al lado de su señor. Hombres y niños vienen a rezar al sepulcro de esos hombres tan fieles.

## El hombre de Satsuma

Entre los peregrinos que acuden, hay un muchacho polvoriento y cansado que debe haber venido de lejos. Se prosterna ante el monumento de Oishi Kuranosuké, el consejero, y dice en voz alta: *“Yo te vi tirado en la puerta de un lupanar de Kioto y no pensé que estabas meditando la venganza de tu señor, y te creí un soldado sin fe y te escupí la cara. He venido a ofrecerte satisfacción”*. Dijo esto y cometió harakiri.

El prior se condló de su valentía y le dio sepultura en el lugar donde los capitanes reposan.

Este es el final de la historia de los cuarenta y siete hombres leales –salvo que no tiene final, porque los otros hombres, que no somos leales tal vez, pero que nunca perderemos del todo la esperanza de serlo, seguiremos honrándolos con palabras.

*Fin*De *Historia universal de la infamia* (1936)

# La estrategia de la araña

*There was a Red-Back on the toilet seat  
When I was there last night  
I didn't see it in the dark  
But, boy, I felt its bite.*

*(Había una "Espalda-Roja" en el asiento de la poceta  
Cuando estuve allí anoche  
No la vi en la oscuridad  
Pero, muchacho, sentí su mordida)*

**Canción popular australiana**

**D**e acuerdo a un artículo del doctor Beverly Clark M.D, publicado en el Journal of the United Medical Association, el misterio acerca de una reciente ronda de muertes en los Estados Unidos ha sido resuelto. Si usted todavía no se ha enterado de lo que ocurrió, aquí esta:

Tres personas del sexo masculino de Jacksonville, en el norte de la Florida, acudieron de emergencia al Methodist Medical Center en un período de cinco días, padeciendo los mismos síntomas: fiebres, escalofríos, vómitos, seguidos de colapso y parálisis muscular. Todos ellos murieron. No había ningún signo externo de trauma, pero las autopsias mostraron severa intoxicación de la sangre.

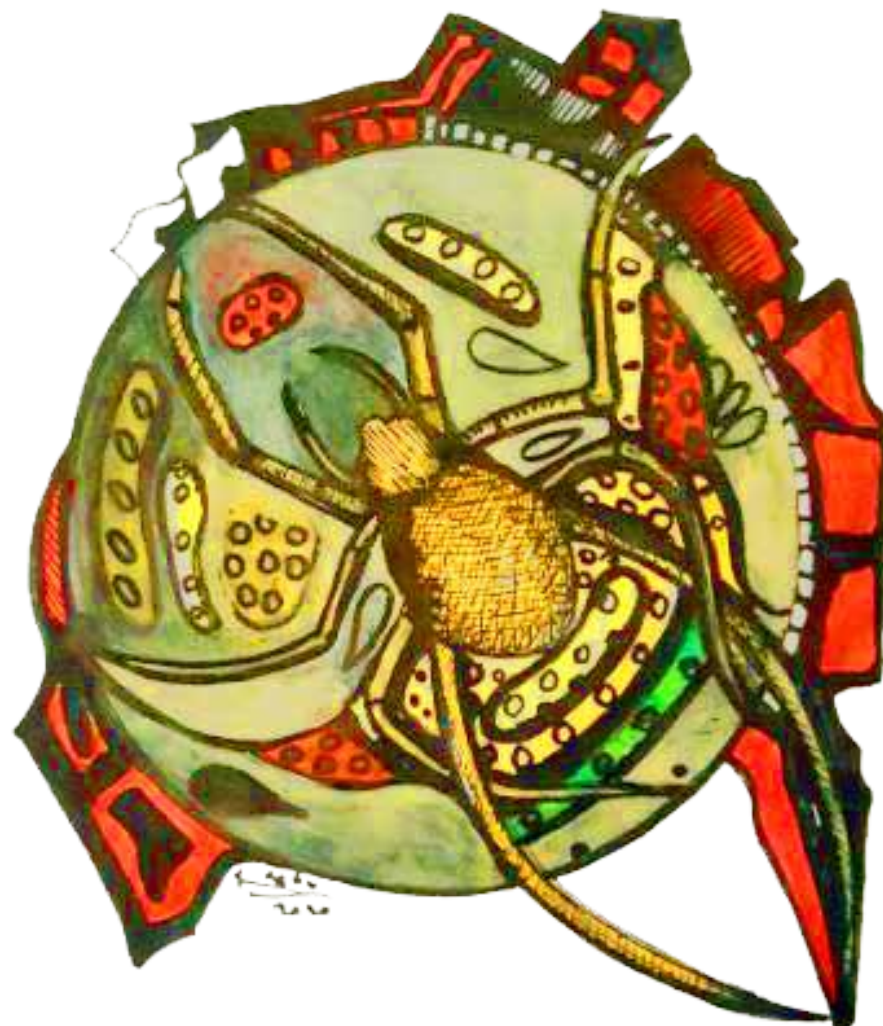
Estos hombres, de diferentes edades, no se conocían entre sí, ni parecían tener nada en común. Se descubrió, sin embargo, que los tres habían concurrido al mismo restaurante pocos días antes de contraer los síntomas fatales, el Olive Garden de Lane Avenue. El Departamento de Salud ocupó el restaurante y ordenó cerrarlo, a pesar de tener todos sus certificados sanitarios en regla. Los materiales para preparar la comida y el agua fueron sometidos a pruebas de laboratorio y, asimismo, se interrogó a los cocineros y camareros, sin resultado.

Al no haberse descubierto nada que pudiera implicar al restaurante, las autoridades de Salud accedieron a su reapertura. Pero pocos días después uno de los camareros fue llevado de emergencia al Methodist al acusar los mismos síntomas. Informó a los médicos que había estado de vacaciones, y solo había regresado al restaurante para recoger su cheque. Ni bebió ni comió mientras permaneció allí, y solo había hecho uso de los servicios higiénicos. A las pocas horas murió.

El dato acerca de los servicios higiénicos aportado por la nueva víctima, aunque banal a primera vista, decidió a las autoridades ir a realizar una inspección de los mismos. Tras una minuciosa búsqueda, al ser levantado el aro del inodoro, se descubrió en el borde de la taza una diminuta araña de color rojizo. Llevada al laboratorio, se determinó que se trataba de un ejemplar macho de la "Arachnius gluteus". Su veneno es extremadamente tóxico, pero puede tomar varios días antes de causar efectos. En aquel momento resultó clave determinar las circunstancias en que esa especie de araña propia de los países asiáticos, extraña al continente americano, había podido llegar hasta Jacksonville. Ninguna de las víctimas identificadas había visitado nunca Asia. Se acudió entonces a los registros de todos los hospitales de la ciudad en busca de antecedentes, y se logró determinar que tres meses antes se había producido otro fallecimiento por causas muy parecidas, según la autopsia, caso que

“

Tras una minuciosa búsqueda, al ser levantado el aro del inodoro, se descubrió en el borde de la taza una diminuta araña de color rojizo... ”



De *El reino animal* (2006)

Sergio Ramírez

por su carácter aislado no despertó entonces mayor atención. Aquella víctima sí había estado en Asia.

Se trataba de un exitoso abogado de Jacksonville. Las indagaciones arrojaron como resultado que poco antes de su muerte había hecho un viaje de negocios a Yakarta, Indonesia, y había cambiado de avión en Singapur para el vuelo de regreso a Nueva York. Como ese último vuelo se había originado en Bombay, se ordenó una inspección de los inodoros de todos los aviones procedentes de la India, y en cuatro de ellos fueron descubiertos nidos de la "Arachnius gluteus", con enjambres de huevecillos.

Al ser interrogada, la esposa del abogado brindó dos datos importantes: que para celebrar el regreso habían cenado en el Olive Garden; que sintiéndose mal del estómago mientras se encontraban en el lugar, la víctima había hecho uso de los servicios sanitarios; y que luego había presentado la señal de un piquete enrojecido en la nalga derecha, del tamaño de una cabeza de alfiler, causa de mucho escozor. Los investigadores médicos dedujeron

que una araña hembra pudo haber depositado sus huevecillos en los genitales de la víctima, después de picarla, y que esos huevecillos fueron transportados por la misma víctima hasta el inodoro del restaurante.

Se sospecha que la araña puede hallarse ahora debajo de cualquier aro de inodoro en cualquier servicio sanitario de cualquier sitio público de la Unión Americana, ya que los aviones en vuelo desde Asia pueden seguir acarreado Arachnius gluteus, así como sus huevos, pese a las inspecciones rutinarias, difíciles en todo caso de practicar.

De manera que cuando visite los Estados Unidos y vaya a usar el servicio higiénico de cualquier aeronave, aeropuerto, estación ferroviaria o de autobuses, tienda, o restaurante, por mucho que sea su apuro, levante primero el aro y examine cuidadosamente para ver si no hay arañas.

Pase, por favor, esta información a las personas cercanas a usted...

*Fin*